

secuestro alevoso de nuestro Istmo—, desde cuando la obtuvo, como tal, al principio, hasta los días que corren, Alemania, hace menos de quince años, sufrió la amputación más injuriosa de que nos den razón todos los tiempos, Y quiero subrayar, de manera sincera, en qué grados asombrosos, este pueblo mutilado se ha situado de nuevo en el cenit de la democracia cristiana, de la inteligencia, del orden y del trabajo productivo, en contraste con el imperdonable despilfarro que las generaciones colombianas hemos hecho de nuestra estéril e ilusa libertad.

¿Sería que Hitler tenía razón cuando hablaba de la superioridad de su raza? ¿Será que entre nosotros no hay raza espiritual, ni ímpetu heroico, ni carnadura de ejemplares varones? No deseo pensar en que sea válida ninguna de estas inquietudes. Solamente quiero transcribir esta declaración del doctor Adenauer, canciller de la República Federal alemana: “Abrigo la esperanza de que cuando, disipados el polvo y la niebla que ciegan a los hombres actuales, la posteridad juzgue mi obra, pueda decirse simplemente que cumplí con mi deber.” No será, por ventura, que allí radica el distinguo sustancial entre los dos estilos de ver y de sentir y de pensar?

Yo soy de concepto que debe ensayarse una posición cartesiana frente a nuestra historia política. Conocer exhaustivamente, es claro, la realidad social y económica de Colombia; pero sin prestar oídos atentos a la estulticia tradicional que la ha venido aletargando, dada su inoperancia y su vacío. Soñar la patria y decidirse a hacerla; concebirla y darle vida; estudiar sus defectos y tratar de repararlos; romper amarras con la cortedad anómica que ha inoculado nuestro organismo político.

Tal vez, en la órbita social, el cumplimiento en Colombia de esta concepción del deber a que se refiere Adenauer, podría plasmarse con acento fecundo tomando como base el pensamiento expuesto por otro de los grandes apóstoles modernos de la doctrina de Cristo, Alcide de Gasperi, quien decía:

“La escuela católica social elabora principios; nosotros ciudadanos, con nuestra responsabilidad, los aplicamos a los problemas concretos. El programa ideal es fuente de inspiración; más hacemos política con todos los elementos de la contingencia y de la relatividad; esa es responsabilidad nuestra. Por eso, amigos, debemos agregar a nuestro pensamiento católico, a nuestra mentalidad cristiana-social, la actitud política democrática cristiana. Teólogos y filósofos tienen una misión distinta de la de estadistas y organizadores. Un partido que se integra por las representaciones de múltiples intereses, para conciliarlos en el progreso y la renovación, debe inspirarse en una concepción integral de la vida y debe también ser inspirado por una fe inamovible, lista para el sacrificio, abierta a la hermandad: no existe ninguna fuente más abundante y más pura que la del Evangelio, sentido y practicado.”

El Genio o Alabanza de la Imaginación Creadora

Por HERNAN GUILLERMO ACOSTA

El espíritu trascendente, y por ello mismo sobrenatural, extrahumano y ultraterreno, no se ha evadido de los escollos de la mediocridad, de la estulticia y de la avilantez, sino en los bajeles formidables de la imaginación creadora.

EL AUTOR.

Antes de entrar en la exposición del problema, y en temerario intento de dilucidar este espinoso y difícil asunto que hemos dado en llamar: *El genio o alabanza de la imaginación creadora*; permítaseme aun cuando en forma transeúnte y fugaz, ilustrar a mis lectores acerca de las tres acepciones principales que tipifican y distinguen la noción de *genio*, y que son también las maneras generales que suele darse al empleo de este concepto.

Diremos primeramente, que *genio*, en sentido lato, llano, amplio y elástico; (del latín: *genius*—*genio*) es la índole, el carácter, el temperamento, la personalidad, la forma como actúa; la manera como se comporta; el modo de proceder; de obrar, de manifestarse, de ser una persona natural. (Entiéndase física, ente de la humana especie). En resumen, *genio* en sentido estricto, es la unidad o variedad de fenómenos mentales; síquico-afectivos; apetitivos y motores, que caracterizan y distinguen a un individuo de la familia de Dios, que es la comunidad humana, en sus relaciones con el grupo frente al cual obra o en la forma como lo ven los observadores externos, en el caso de no manifestarse en el sentido como lo definió Aristóteles de *animal político*; porque puede ocurrir, que por el contrario, se manifieste frente a la colectividad como misántropo, como anacoreta, como algo extraño al apetito común de sociabilidad. Mejor escrito, como apolítico; y entonces, se dirá de él que tiene un *genio*: sombrío, melancólico, introvertido, retraído, represivo, etc.

Genio, en sentido figurado, simbólico, es una modalidad; es una forma de pensar; es una actitud mental; y es ante todo, una embriaguez anímica; un entusiasmo volitivo-cerebral, que en un determinado momento o en un determinable ciclo histórico, define, exalta e identifica, a un excepcional grupo racional, mimetizado por idénticos afanes, por idénticos sentimientos, por idénticos anhelos y por idénticas esperanzas. Es en esta forma, como se habla del *genio* helénico; del *genio* latino; del *genio* renacentista; y es, particularmente, en esta manera, como lo toma Chateaubriand, en su iluminada hasta el deslumbramiento creación estético-poética denominada: *El genio del cristianismo*, en donde con argumentos de imperecedera verdad, y de invencible fuerza, prueba y demuestra la superioridad del cristianismo, sobre los otros sistemas, que no doctrinas, y el reinado final y universal de la Iglesia de Cristo, pues, lleva impreso como un tatuaje el sello de su infinito poder y de su infinita sabiduría: "... y las puertas del Infierno no prevalecerán contra Ella." Sentencia pronunciada por la lengua purísima de Cristo; grandioso y omnipotente ejemplo de lo que es el genio-religioso-filosófico-poético; y en resumen de todo, el más grande *genio* de la humana especie en todos los climas, en todas las latitudes y en todos los meridianos. Ayer, hoy, mañana y siempre.

Genio, como expresión del espíritu creador, (y que es, lo que estas letras pretenden explicar); es el grado más alto, el máximo índice, la mayor temperatura intelectual que puede marcar el termómetro de la inteligencia en la valoración de la creación mental y anímica de un hombre, comprendiendo dentro de este concepto, la noción de mujer, aun cuando esto vaya contra el querer y el parecer de algunos misóginos. Pues, jamás hemos estado de acuerdo con un sabio al parecer "incapaz de comprender nada grande", quien afirma en un escrito sobre el espíritu creador, la frase de que "nunca ha habido mujeres genios".

EL GENIO: MAXIMA EXPRESION DE LAS FACULTADES CREADORAS

El *genio*, como expresión máxima de las facultades creadoras, es ante todo, anormalidad. Bástenos decir, que entre las varias manifestaciones de la inteligencia, él es la excepción, para que ya la verdad cobre fuerza y estructura de axioma. Pero también es verdad, que ubicando la humana especie dentro de la esfera de la psicología experimental y del psicoanálisis, todos aparecemos al final anormales desde uno u otro aspecto que se nos observe. Ocurre, que los estudiosos de la vida sensitiva y vegetativa han encontrado anormalidades, desvíos, desequilibrios, inconformidades en el desarrollo del orden natural tanto en los irracionales como en las plantas. ¿Y si esto sucede en ellos, que fatalmente (determinismo) tienen que realizar una vida, digamos, instintiva; entonces, qué no ha de ocurrir en el racional, que precisamente por tener razón, inteligencia, voluntad libre, y li-

bre conciencia, principios inmanentes, puede determinarse a obrar en este o en aquel sentido, es decir, ya en forma negativa o en manera positiva?

Cuando afirmo que el *genio* en sentido de creador es ante todo anormalidad, no quiero significar con ello, que sea eso: única y solamente anormalidad; sino que la nota más poderosa en él, la que se insinúa con caracteres más estables y notables, es esa: la de la anormalidad.

Caigo en la cuenta, ahora (mientras escribo) en la vida de Freud. El gran maestro austriaco se entregó con la fuerza de los seis sentidos al estudio de las anormalidades humanas; principiando por el análisis del alma, que después se llamó: método del psicoanálisis. Pero este problema de las anormalidades engendró en él, una anormalidad aún mayor, y más aberrante, de carácter obsesivo agudo; porque el sexo dio vueltas vertiginosas en el cerebro de Freud, hasta convertirle en una sicosis morbosa. En todas las acciones humanas veía el padre de la psicología abismal, manifestaciones, influencias, desdoblamientos, deformaciones de la vida sexual, hasta reducirlo todo a un pansexualismo monstruoso. El error del señor Freud, estriba en que todo lo quiere reducir a la libido. Ninguno será tan incauto ni tan profano, que pretenda negar la poderosa influencia que ejerce el sexo en las relaciones del animal social e inclusive en la vida del irracional y de las plantas, pero el sexo no es la única fuerza en la corriente de la vida humana. El desacierto del pontífice Freud, consiste en que peca por unilateralidad, pues, tanto él, como muchos otros psicólogos, quieren reducir (quizás de buena fe) la vida social a un solo tipo de acciones.

La actitud más noble, digna y defensible, es la de tratar de entender la vida psicológica de cada cual, para explicarla, justificarla y explotarla, en cuanto tenga de provechoso para bien de los demás espíritus.

Por lo que existen diversos tipos psicológicos, es precisamente por lo que existen divisiones en el mundo real, que es el mundo de las cosas, y en el cosmos abstracto, que es el universo de los fenómenos.

"Tratándose de las acciones humanas, yo no he querido juzgar: ¡Me he contentado con comprender!" Escribe un autor. (El subrayado es mío, pues, encuentro en ello principio de cacofonía). Desconozco de quien sea el yerro: si del autor o del traductor. (Traductor: traidor. Escribió Horacio). A la frase escrita, suma otro autor: "Amar es comprender. No se ama sino lo que se comprende, y comprender es ya una forma progresiva de igualar". Por ello, el amor es en la filosofía cristiana, el primer mandamiento que mueve el velero en donde navega el alma del hombre por las aguas de su vida afectiva hacia el faro de la extática armonía, que es el puerto de la bienaventuranza.

La anormalidad en el *genio*, es algo así como su segunda naturaleza... bienhechora también.

El *genio* como potencia y como acto creador es ante todo una poderosa y apasionada fuerza arrebatada al infinito en busca de su propio cielo, de la lejanía, que es su elemento natural. De ahí que sólo pueda respirar en las alturas, y como las águilas, sólo pueda volar y morar en las azules distancias.

Conoce por igual los rayos y las tempestades, los grandes cataclismos síquicos y físicos, las luminosas cimas de la gloria y las tenebrosas simas de la depredación. Pero lo que sí le está vedado al *genio*, vedado por derecho natural, (bendita sea esta prohibición) es conocer el barro de la envidia o volar en los horizontes enfermizos y asfiantes hasta la muerte de la calumnia y de la murmuración. Por fortuna, al colosal espíritu del *genio* le es humana y con mayor ímpetu divinamente imposible, realizar esas adefésicas y anómalas posturas, que es la tierra movediza donde ensaya sus muecas, sus cabriolas y sus gestos la estulticia. Pues, no es un palmípedo para vivir en el fango como los patos o como los ánades, ni es una abutarda, para sólo dominar con sus pesados remos el horizonte que cabe en la exigua dimensión de una campana de cristal.

En todo *genio* opera una vitalísima *cuota demoniaca*, que lo arrastra hacia otras esferas hasta hacerlo el resultado de su propia anulación y de su propia frustración. Donde exista el *genio*, existirá el desorden; porque el *genio* por esencia es la negación del orden, que es el medio en el cual actúa, se mueve y vive el mediocre. Vive sí con vida sensitiva de animal irracional, pero jamás con vida meditativa, especulativa, reflexiva de animal filosófico, y sobre todo metafísico, y algo más, de animal genial. El *genio* es todo esto y mucho más. El *genio* es fuerza sobrenatural, caos, anarquía, desorden, inconformidad, insatisfacción, angustia, zozobra, desespero, afán constante y perenne de plenitud; deseo de infinitud; anhelo de vastedad; necesidad de ser ilimitado. El *genio* es soberbia; orgullo de alturas insospechadas. El *genio* es fiebre, obsesión, éxtasis, locura, cataclismo, esperanza, renunciación a toda forma de vida fuera de su órbita: lo genial. Pero el *genio* es sobre todo pasión, y no pasión morigerada, sino pasión tempestuosa, sísmica, huracanada, con hecatómbicos hundimientos de generaciones naufragadas en los procelosos y embravecidos mares de la historia.

Todo *genio*, como todo espíritu humano lleva en sí, envuelto el germen de su propia destrucción; mejor dicho, lleva implícita en su propio espíritu una cuota autodestructiva. Muchos luchan por desasirse de ella, y otros luchan por fortalecerla, y ocurre, que en un determinado momento del desarrollo biológico y natural del organismo humano (entendiendo por tal, la dualidad alma y cuerpo), esa cuota autodestructiva que lleva el hombre en sí, se manifiesta en toda su plenitud, y sale como un fantasma del Infierno a sorprenderle en mitad del camino de la vida, precipitándole a su propia destrucción, es decir: al suicidio, que es por definición: darse un hombre voluntariamente la muerte. Otras veces ocurre, que esta cuota autodes-

tructiva no desemboca en el llamado suicidio en sentido estricto o suicidio propiamente dicho, no culmina en anulación de sí, sino que ese elemento destructivo o autodestructivo se desdobra, se deforma, se desplaza a otro campo, y entonces, ya no producimos el suicidio, sino el homicidio o el asesinato, que no es otra cosa que una forma de homicidio agravado hablando en un lenguaje jurídicamente estricto. Y una vez realizadas estas dos infracciones, le queda al espíritu protervo la vía expedita, para realizar a su gloriosa manera de actuar y proceder, cuantas formas de ilícitos conozcan los legisladores, y cuantos delitos sin nomenclatura específica y no codificados, hayan escapado a su agudeza mental de estudiosos de los fenómenos sociales.

Pero la mayoría de las veces el espíritu humano, y sobre todo el *genio*, realiza en vida el dinamismo, la acción de la cuota autodestructiva. Casi siempre el *genio* resulta suicidándose, aun cuando no en un sentido exacto, pero sí en un sentido figurado. Pues, al *genio* le resulta imposible desarrollar en forma isócrona, al unísono, todo el equilibrio de sus facultades físicas, síquicas y cerebrales; precisamente, porque el *genio* es eso, todo lo contrario al equilibrio: es el desequilibrio.

Entonces viene como consecuencia lógica o como corolario a todo lo expuesto, que el *genio* resulta suicidándose en una u otra forma. El suicidio, o mejor, su frustración para expresarnos en una terminología más técnica, natural y racional, puede ser: social, familiar, amistosa, artística, política, económica, amorosa, sexual, intelectual e inclusive, lo que es más grave: genial. ¿Por qué? Por varias razones: primera, porque el *genio* tiene que entregarse con apasionamiento a una sola de estas actitudes, para así lograr que ella brille con luces deslumbrantes en toda su armonía, y renunciar al ejercicio de las otras, so pena, de resultar siendo al final, todo lo contrario al *genio*: el mediocre, que sí puede entregarse simultáneamente a las disciplinas de todas estas manifestaciones, sin alcanzar altura ni plenitud en ellas.

Por otra parte el *genio* puede frustrarse, puede suicidarse, no ya en el sentido exacto, sino en la forma antes enunciada. ¿Cómo? Fortificando su cuota de elemento destructivo, estimulándola con sus venenos misteriosos: el alcohol, las drogas heroicas, el sexo, la deslealtad, el odio, el absoluto personalismo, el egocentrismo, la calumnia, la murmuración, la vulgaridad, y sobre todo, el abandono y descuido de los más elementales derechos y deberes de hombre, de patriota, de amigo, de esposo, de hijo, de padre, de hermano, de ciudadano; en una palabra: de animal social.

Es necesario evitar el suicidio tanto en sentido real, como en el que llamo suicidio social, es decir, la frustración de la personalidad. Ello porque en todo cuerpo por miserable e insignificante que sea, también se mueve un alma; y ese espíritu fue hecho también a imagen y semejanza de la divinidad; y ese cuerpo despreciable en apa-

riencia, es dentro de la concepción cristiana: "Templo del Espíritu Santo". Por eso de la misma manera como en los espíritus de Alejandro, de César, y de Napoleón, había odio, amor, eran ambiciosos, anhelaban los palacios regios, y los trajes suntuosos, los apoteósicos banquetes y los espectáculos deslumbrantes, en idéntica forma, esos espíritus ubicados en esos cuerpos maltrechos y miserables, también sueñan, (¡y qué sueños!), también cantan, también ríen, y también lloran. Tienen idénticos apetitos e idénticos atributos. De ahí que la igualdad universal de la familia de Dios, sea uno de los postulados más ávidos de amor dentro de nuestra filosofía. Diógenes, Epícteto y Belisario, aun cuando mal interpretado el último, también eran espíritus, y no espíritus cualesquiera, sino almas de luminoso y prepotente vuelo.

El *genio* es siempre superior a su época, entiéndase bien: el *genio*. Por ello siempre resulta frustrado en el siglo que le tocó actuar y llenar con su grandeza. "Vive tu siglo, pero no seas juguete de tu siglo". Escribió Schiller. El *genio* no es alma del presente, es espíritu del futuro, y es a las generaciones por venir, a quienes corresponde hacer esa justicia: la de comprenderlo, y por ello mismo la de amarlo; porque no se ama, sino lo que se comprende. Por ser el *genio* superior a sus contemporáneos, resulta que en cualesquiera momentos, cualesquiera mediocres, se encuentran dizque ocupando aventajadísimas posiciones en la vida social de los pueblos; en tanto que el *genio* auténtico, discurre como el más grande *genio* de la humanidad: "sin un lugar donde reclinar la cabeza". Donde reclinar la grandeza diría yo, porque el *genio* es eso, una persona capaz de hacerlo todo, menos de ganarse la vida. Por eso en todas las épocas de la historia, han tenido que acudir a sus mecenas, es decir, a sus protectores. Benditas las sociedades que espontáneamente producen esta especie de sensibilidad. Pero debiera ser el Estado; entendido como persona jurídica de derecho público; el que por ley positiva se encargara de proteger a sus artistas, a sus poetas y a sus sabios, y acabar con la protección a las hordas, a las taifas de hoy; a los nuevos bárbaros de la época moderna, que son los apologistas de la fuerza bestial, los hijos de Hércules, los genizaros de Marte, que no los hoplitas responsables y disciplinados.

El *genio* es solitario, anacoreta, retraído por necesidad, y por temperamento, siempre "va solo como las águilas y como los leones". Solamente los mediocres, al decir de un ilustre libelista: "van en pira como los cerdos; en jauría como los perros y en rebaño como las ovejas".

El Demonio en el *genio*, no sólo es inmanente, es decir, permanente. No sólo le destruye y le embriaga, sino que ese Demonio es trascendente, pues, la fuerza que lo arrastra hacia la infinitud, y hacia el anhelado éxtasis de una liberación absoluta; trasciende a la humanidad con su fuerza, con su locura, con su plenitud y con su cábala; llegando inclusive a destruir también con su ímpetu volcá-

nico, a aquellas ánimas que lo siguieron incondicionalmente por los léricos caminos de su encantamiento. Bástenos si no; lo que ha ocurrido a muchos lectores de Goethe en las páginas de Werther.

El *genio* es siempre un ser extraño, raro, enigmático. Es natural que así lo sea; no se trata del mediocre, de la común sustancia, que es la generalidad; se trata del *genio*, que es el fruto y la planta difícil de cultivar; es en síntesis: lo excepcional. De ahí que Baudelaire, el padre de las *Flores del mal*, hubiera escrito: "Lo raro es siempre lo bello". Y que Stefan Zweig, agregara: "Únicamente lo raro ensancha nuestras sensaciones. Solamente en las sacudidas aumenta nuestra sensibilidad. Por esta razón lo raro es siempre el metro de toda grandeza".

De ahí que Cristo sea un Taumaturgo, el gran Taumaturgo. El *genio* por esencia y por excelencia, y más que *genio*: Dios, porque sus genialidades llevan el sello de su grandeza y de su divinidad; de lo raro y de lo extraño; como que hizo prodigios raros y misteriosos, jamás realizados ni realizables por humano ser.

"Únicamente lo raro ensancha nuestras sensaciones", o lo que es lo mismo: El *genio*, y en resumen; la creación, la obra genial, que es el parto del *genio*.

La obra del mediocre no pasa de ser una infeliz imitación servil; se confunde con la obra de todos, se parece a lo que todos hacen. En cambio la obra del *genio*, lleva impreso el tatuaje de una individualidad inconfundible; y sólo se parece y se identifica con el mismo espíritu, con la misma inteligencia, con la misma voluntad, con la misma imaginación, con el mismo afán y con las mismas inclinaciones de su creador. En tal manera escribe un autor: "Por eso es por lo que las grandes inteligencias (los *genios*) abren sus caminos propios, sólo, por ellos transitados".

El *genio* es ante todo tortura, dolor, amargura, sufrimiento, angustia, desespero, desequilibrio. Necesita atormentarse para poder parir seres trascendentes; entendido el vocablo seres, en su verdadero significado ontológico. De aquí, que José Santos Chocano; el huracanado poeta del Perú. El cantor de América: "Autóctono y salvaje", hubiera escrito, sin ser un *genio*, pero sí una genialidad, un dístico muy propio de acomodar a la mentalidad o la actitud del *genio* que se tortura, sobre todo al *genio* poético:

"La lira es en las manos del poeta instrumento
con el que vive dándose embriagador tormento".

Otra actitud del *genio* o al menos del hombre superior; es la de un orgullo olímpico, imperial, casi divino. Pero el orgullo en el *genio*, es explicable, y más que explicable, justificable y amable, porque al decir del gran Federico Nietzsche, "el orgullo es el vicio de los que saben". El orgullo en el *genio* no es una vanidad pueril ni

tampoco una actitud amanerada, y menos una fanfarronada sin fundamento. Al contrario; el orgullo en el *genio* estriba en que se sabe grande, en que no "le queda grande la grandeza"; porque es su alterego. En que sabe hasta el agotamiento, que sólo ama y defiende lo único que tiene razón y derecho a ser amado y defendido sobre la tierra: lo sublimemente divino. En que sabe que no es un mediocre; mejor definido, que no es un espíritu vulgar, sino un alma exquisita, depurada, decantada y refinada en los altos arquetipos de lo hermoso y de lo raro. Por ello el *genio* está solo como los dioses. Tanto los pagamos como nuestro divino e inmolado Cordero. Los dioses de la Teogonía pagana vivían en el empíreo del Olimpo; porque sabían de memoria, que si descendían a ponerse en contacto con los hombres, estos los vulgarizaban, los mancillaban y los prostituían. Y el nuestro se oculta; porque como antaño, al ponerse en contacto con los de ogaño; tampoco le comprenderíamos, porque no le amamos; y no le amamos, porque no le comprendemos.

El *genio* es imperialmente orgulloso, tanto en la actitud positiva como en la actitud negativa del concepto. Para demostrarlo, uno de ellos escribió: "Pudo haber en mi época un hombre más elogiado que yo, pero un hombre, tan insultado como yo, no lo hubo jamás."

El *genio* como expresión taumatúrgica, es el vidente, el intuitivo, el profeta y el visionario de los grandes hechos por venir. Por derecho natural, ve siempre más allá de donde le es dado ver al humano mortal, porque el *genio* siendo también humano barro, y en él se cumple la teológica sentencia de retornar al polvo genésimo, tiene mucho de divino, pues, fue tocado por la divinidad con dedos milagrosos y especiales. El *genio*; ve siempre más allá de donde miran los estultos. De ahí que Cervantes, por los ojos de don Quijote; la "figura caballerosa y alta"; donde había ramerías y heteras, veía vírgenes y doncellas; donde había sacos llenos de vino enervante; veía fantasmas que le amenazaban y le mofaban; donde había una pastorcita amable, digna de estar ubicada en las líricas leyendas de las urdimbres bucólicas; veía la más hermosa y la más grande señora del Universo; donde había molinos que derramaban con soberbia sus aspas en el viento; veía los prepotentes brazos de gigantes colosales, que avanzaban hacia él en actitud desafiante. Por ello; sólo al *genio*, le está permitido ver más allá de donde mira el espíritu gregario; aun cuando sea, desde los aspectos enfermos de la alucinación.

El *genio*, como elemento social, detesta y siente un asco infinito por las manifestaciones políticas de su época, y de todas las épocas. Sobre todo; cuando la política se manifiesta en la forma particular de Colombia: como la patanería organizada. Como la vulgaridad, la intriga y la grosería legalizadas. Nosotros no hemos tenido ni política ni políticos en ninguna época ni en ningunos momentos; si por tal entendemos, lo que debe ser entendido: "El arte de gobernar el Estado", pero si por política entendemos lo que siempre ha habido entre nosotros: la negación de todo derecho y de todo deber; entonces

si hemos tenido política, y déjeseme afirmar, que de la mejor. Nosotros tampoco hemos sido un Estado; si por ello se entiende todavía lo que ha venido entendiéndose desde 1789, y que tan exacta y científicamente definió el ilustre León Duguit: "La Nación jurídicamente organizada" o "la expresión jurídica de la Nación". Entendiéndose por Nación; una comunidad humana; ubicada en un territorio determinado. (País). Identificada; por una misma lengua, por una misma religión, por unas mismas costumbres, por unos mismos anhelos, por unos mismos afanes, por unos mismos sentimientos, y por unas mismas esperanzas. Si entendemos, pues por Estado, lo que entendía el célebre Duguit: "La Nación jurídicamente organizada", nosotros nunca hemos sido eso; porque aquí ha existido, todo lo contrario a la norma jurídica. Siempre ha imperado entre nosotros: la impunidad, el crimen, el ilícito en todos sus tipos, la violencia, el tráfico de influencias, la depredación, la grosería, la chabacanería, y el mal gusto. En resumen: sólo ha existido la negación de todo derecho y de todo humano deber. Pero más doloroso aún; se ha negado, se ha desconocido siempre entre nosotros, la misión que corresponde cumplir al derecho natural, que es de origen divino; y que es por definición, la misma ley del absoluto o la misma ley eterna; que San Agustín, el águila de Hipona; define con su inmedible visión sobrenatural; como "la razón o voluntad de Dios que ordena guardar el orden natural y nos prohíbe quebrantarlo" o lo que es lo mismo: "La ley eterna en cuanto Dios la imprime en las conciencias de las criaturas racionales".

Por todas estas razones, y por muchas otras; el *genio* es la negación de la *política*, es decir: de la vulgaridad, y del mal gusto; porque el *genio*, si respeta la ley eterna, y en vez de violar el orden ecuménico-trascendente; contribuye a darle más armonía y esplendor con su desorden, que luego traduce en orden inmortal. Recordemos al respecto, a Lope de Vega... "Y porque convenía el ordenarme a la desorden mía".

Todo *genio*, que enderezó sus sienes hacia la política; murió crucificado, pues, abandonaba su elemento, para ir a respirar otros aires, donde inexorablemente perecería por asfixia, al saturar sus pulmones con la mefítica atmósfera de la chabacanería.

Amo confesar, que detesto al concepto denominado pueblo, "con el infinito desprecio, y con el infinito asco que él se merece". No que lo deteste como elemento humano, sino como entidad colectiva, que en un determinado momento histórico, no está lo suficientemente maduro, mental y síquicamente, para comprender, y amar, la creación que le quiera regular el *genio*.

Toda categoría de ciencia, así como toda categoría de arte; crea su tipo de *genio* específico. Tenemos entonces: el *genio* religioso en Jesucristo; el *genio* filosófico en Aristóteles; el *genio* poético en Homero; el *genio* dramático en Shakespeare y en Esquilo; el *genio* pictórico en De Vinci; el *genio* escultórico en Miguel Angel; el *genio* musical en Beethoven; el *genio* matemático en Pitágoras; el *genio* fi-

sico en Newton; el *genio* químico en Lavoisier; el *genio* naturalista en Darwin, en Lamarck y en Haeckel; el *genio* sociológico en Comte; el *genio* científico en Pasteur; el *genio* psicológico en Freud; el *genio* novelista en Cervantes; y el *genio* jurídico en Carrara. En síntesis; todos los *genios*, que producen las distintas manifestaciones del alma y de la inteligencia. Estos nombres nada más, para evadirme de la elaboración artificiosa y necia de un directorio telefónico de primer orden y de primera magnitud; y sobre todo, porque las llamadas que se hicieran a sus números, que suman el guarismo hasta el infinito; jamás serían respondidos, pues, hace ya bastante, que todos los citados, duermen el Infierno de la inmortalidad, desde cuando se hundieron en la herida de la gloria, la luminosa tarde del naufragio a la perennidad.

En la historia progresiva de la humanidad, ha habido una clase humana que sucesivamente se ha identificado con los nombres de aristocracia en la antigüedad, nobleza en la Edad Media, y oligarquía de los tiempos modernos y contemporáneos. Déjese decir, que son tres nombres, tres motes distintos; con los cuales se ha querido distinguir a una misma piara, que desde el principio se la ha señalado, por el solo prurito, y por la sola circunstancia, de ser la raza adinerada. La ralea acaudalada. Sin embargo; Papini, hace ya muchos años escribió: que “el dinero era el estiércol del Demonio”. Y Baudilio Montoya; el último bastión del romanticismo en Colombia, y amargo sacerdote del verso en ciudad triste, soltó alguna noche, mientras encendíamos la llama luminosa de las emociones altas en torno al ágape cordial; las doradas y dulcísimas abejas de su siempre bien elaborada frase, y los foetes de su soberbio potro lírico; fundidos en el templo rojo de la cólera, y en la fragua de la altivez, para acuñar esta sententia; tanto más hermosa cuando más verdadera y cuanto más espontánea: “...Los ricos son tan pobres... que apenas tienen dinero”. Y la frase fue a clavarse agudamente como los incisivos de un chacal ebrio; en la oscura personalidad de un oscuro gerente de Banco de un oscuro pueblo; quien se mostraba díscolo y difícil, en tributar al excelso e infatigable aedo, el vasallaje estético que por ley positiva y natural le pertenece. Traigo este aspecto a colación; porque anhelo hacer caer en la cuenta a mis lectores, no se dejen engañar de los sofistas, de los apologistas del error; quienes han creído ver de mala fe, y en una forma positivamente dolosa; *genio* en este nidal de víboras libidinosas e insensibles. No los creais, pues, los *genios* jamás han sido ni serán acaudalados. Uno de ellos escribió: “La fortuna es la enemiga del *genio*”. No sólo en el sentido monetario, sino en todos los aspectos.

Por ello, Porfirio Barba Jacob; nuestro dolido y doliente poeta, que no fue un *genio*, pero que sí fue una genialidad; y más aún, el Ashaverus fatigado de la poesía colombiana por los caminos de América; cantó en imperecedero verso: “...Y la fortuna a mi querer esquivá”. Quiero decir otra vez, que sólo creo en una aristocracia, en una nobleza, en una oligarquía. Sólo creo, con la fuerza de todas

mis potencias anímicas, en la aristocracia del talento; en la nobleza de la sensibilidad, en la oligarquía de la inteligencia; puestas al servicio de la grandeza. Noble, nobilísimo fue Jesucristo, quien en medio de su infinita humildad no hizo jamás sombra ni a nadie ni a nada de lo creado; y cuando reclinaba su Divina Humanidad, que era un ramo de gloria en actitud de reposo sobre los tallos de los olivos del huerto, a estos misteriosamente; les brotaban músicas y les brotaban flores.

Noble, nobilísimo; el pequeño Poverello de Asís; quien en medio de su infinita indigencia, emanaba efluvios ultraterrenos de su ánimo cuasi-divina; mientras su lengua purísima, traducía la miel de las alondras y de los ruiseñores, que derretían las suyas sobre el dombo deslumbrante de las escalas del día.

Nobles, nobilísimos; en cualesquiera momentos, todos los espíritus sutiles y tersos de la Creación; porque ellos son los Heraldos de un mensaje hechizante concebido en lejano, lontano y abscondito alumbramiento.

En el tipo de *genio*, si alguna vez lo ha habido, aun cuando sea de una manera convencional; en quien se manifiesta y se insinúa con más sobresaliente relieve la cuota destructiva o autodestructiva; es en el mal llamado: *genio-político-militar*. Su cuota destructiva alcanza índices incalculables en el Genocidio, que es la destrucción sistemática de una raza. Como ejemplo; bástenos el nombre amargo de Adolfo Hitler; el espíritu enfermo y alienado. Caricatura, remedo; y “semi-cuasi-ex-bozquejo” de Anticristo moderno.

La obra del *genio* para que tal lo sea; tiene que revestir características de cierto valor y de cierta majestad. La obra del *genio* se distingue de las comunes obras por el gesto de grandeza que la caracteriza. La creación del *genio*, es casi siempre de carácter inmaterial, pues, el *genio* primero la intuye, la concibe, la intelectualiza y luego la traduce en mármol, en lienzo, en sinfonía o en poema.

El *genio* es el creador; es decir, quien extrae del no ser, de la nada, de la posibilidad seres a la vida real. En esto se distingue el *genio* del mediocre, en que el *genio* crea, y el mediocre copia o imita; y en ello se distingue también el artífice del artesano. De aquí que el más grande *genio* de la historia sea Dios, inmóvil Creador de todo cuanto existe, de todo cuanto es. Por ello, El es el *genio* de la creación, y por ello mismo, Dios es un corazón eterno e inmutable, que palpita a cada instante y siempre; en cada ser y en cada cosa.

El *genio* como todo organismo también es susceptible de ser atacado por ciertas enfermedades, ya de carácter concreto, ya de carácter abstracto. Pero el *genio* es atacado sobre todo por las enfermedades intangibles en su fuente vital; en la imaginación creadora. Ello, porque: “Simile simili cognoscitur” (el semejante conoce al semejante).

La imaginación creadora es el poder de producir nuevas imágenes mediante la modificación y combinación de las que ya poseemos.



Entre la imaginación creadora (la del *genio*) y la imaginación reproductora (la del mediocre) existen diferencias profundas, abismales, pues, la imaginación reproductora sólo desarrolla un trabajo mecánico: el de revivir nuestros estados pasados; y en eso es común con los irracionales. La imaginación creadora es propia del hombre, y no del hombre cualquiera, sino del hombre *genio*, y por ello revela un trabajo superior, de orden estrictamente intelectual. Es la facultad creadora por esencia y por excelencia. Sin embargo, no es creadora en un sentido absoluto, pues, no extrae sus concepciones de la nada entendida esta noción en su sentido filosófico como la negación del ser; sino que las construye combinando y transformando imágenes anteriores.

En la actividad que desarrolla la imaginación creadora juega un papel trascendental la memoria, pues, la imaginación actúa sobre toda clase de datos que conserva aquella. En consecuencia, no sólo sobre las imágenes sensibles, sino también sobre las ideas y sobre los pensamientos. La imaginación tiene la propiedad de reducir las ideas, los pensamientos y los sentimientos a imágenes o representaciones materiales.

Escribe un autor: "Toda obra de arte o de ciencia es una construcción nueva hecha con materiales antiguos, combinados de otra manera. Y cuando la combinación es perfecta, de tal manera que nada falte, ni nada sobre, y que todo esté en su debido lugar, es cuando se producen las obras maestras, o lo que es lo mismo: las obras del *genio*". Es de notar, cómo en el trabajo creador actúan factores de sobrehumana fuerza; que en un momento dado impelen al *genio* con vértigo a entregar su parto a la humanidad como trofeo de salvación. Esos factores pueden reducirse a los que siguen: la atenta reflexión y el trabajo constante; la espontaneidad, y a veces la inconsciencia; la voluntad resuelta; el factor afectivo, que toma la forma de ideal; el infinito mundo del sentimiento; el ambiente social y las inclinaciones individuales.

Una imaginación mal dirigida; enferma, y estimulada por ciertos apetitos groseros; puede traer consecuencias funestas, primeramente al *genio*, y después a la humanidad.

Habíamos escrito antes, cómo la imaginación creadora tiene sus enfermedades propias, las cuales en un momento dado pueden falsear el verdadero concepto del plan que se proponga el creador. Esas enfermedades pueden compendiarse en estas: el fantaseo o desvarío; estado en que la imaginación corre libremente, dejando que obren sin control ninguno imágenes y recuerdos. El ensueño o los sueños; sucesión incoherente de imágenes durante el sueño. Los estados hipnagógicos; que son los que preceden o siguen inmediatamente al sueño, y participan de su naturaleza. La ilusión; que es la falsa reproducción de un objeto. La alucinación o delirio; que es una percepción exterior falsa, a la que en realidad no corresponde ningún objeto. El sonambulismo; estado en que el soñador pone en acción sus

sueños. La hipnósis; que es un sueño artificial producido por otra persona, y caracterizado por una gran sugestionabilidad. Y la locura; que es un estado de alucinación y delirio permanentes. De estas enfermedades unas son gravísimas. Otras, menos graves.

EL "GENIO" EN COLOMBIA

Antes de entrar en la exposición de lo que es, y lo que ha sido el *genio* en Colombia; permítaseme tomar dentro de las diversas clases de genios existentes, un tipo especial: *El poeta*, y ello; porque la enfermedad espiritual de Colombia ha sido siempre la *poesía*, y está bien que así lo sea. Dios bendiga ahora, y todos los días de toda la vida, esta divina enfermedad, que es también la enfermedad de Dios. Pero antes de seguir avanzando, déjese hacer una deliberada división, acerca de cómo entiendo esta noción de poeta en su sentido exacto. Ello, porque ya es hora que los pueblos se acostumbren a llamar las cosas con una terminología precisa y ajustada.

Así como los profetas se dividen: en profetas mayores, y en profetas menores, de los cuales ya sabemos quienes son los unos, y quienes los otros; de la misma manera, yo distingo tres categorías dentro del tipo de poeta.

Una categoría corresponde a lo que yo denomino poetas mayores o poetas propiamente hablando. Son los creadores o lo que es lo mismo los *genios*, pero para que lo sean; su obra, su creación, debe revestir características de cierta elocuentísima protuberancia. En tal sentido; poetas auténticos, no podrían ser sino: Homero, Esquilo, Goethe, Shakespeare, Cervantes... es decir, aquellos espíritus prepotentes, más gigantes y más ciclópeos que los mismos herreros de Vulcano, forjadores en la fragua de la lucha; de los rayos luminosamente mortales con los cuales Zeus, Júpiter, el padre de todos ellos y el señor supremo del Universo, sometía bajo su cetro resplandeciente el infalible dominio de todos los cielos y la tierra. En tal sentido; *genios* no pueden ser sino los creadores de ciertos personajes, más que todo de orden subjetivo, que viven y actúan en todos los tiempos; en todos los climas y en todas las esferas. Esos seres más que todo de carácter abstracto, insustancial, pero que no se conciben sin estar adheridos a un sujeto racional que le sirva de soporte, y que son los titanes del alma: infernales unos, celestes otros y apocalípticos los más; son los mismos en todas las razas humanas y en todas las edades, y se les conocerá siempre con los nombres de amor, odio, dolor, angustia, ambición, traición, celos, astucia, sabiduría, ideal, holganza, pasión, locura, desenfreno, éxtasis, virtud, vicio, libertinaje, prostitución, comprensión, pureza, galanura, castidad... En tal sentido; sólo los creadores de estos fantasmas eternos, que se moverán y palparán mientras haya vida bajo el sol, son los poetas mayores o poetas propiamente dichos, y por ello mismo los *genios*.

Una segunda categoría; es la de los poetas menores o poetas cantores, que no son el genio, sino la genialidad, y que hacen elucubrarse su imaginación en torno a un tema; ya de carácter objetivo, ya de carácter subjetivo. Su creación puede llamarse entonces: epopeya, espondáico, asclepiádeo, epigrama, soneto, oda, madrigal, cancioncilla, etc. En síntesis: poema. En tal sentido, tenemos la generalidad de los poetas.

La tercera y última categoría; es la de los versificadores. Que ni son el genio ni son la genialidad; pero que sí son la mediocridad, y por ello mismo la vergüenza y el estigma en el apetito desordenado de enrutarse sus siénes y sus corazones hacia el divino ejercicio de Apolo.

Stefan Zweig, al esbozar su prólogo sobre esa trilogía amarga y letal hasta la desesperación; quienes se llamaron: Hölderlin, Kleist, Nietzsche. (Y que siempre se les identificará con estos nombres), ha escrito: "Denominaré demoníaca la inquietud, esencial e innata en todo ser humano, que le separa de sí y le arrastra al infinito, hacia lo elemental. Parecería como si la naturaleza hubiese dejado subsistir una pequeña parte del caos primitivo en cada alma y esa parte *se esforzara pasionalmente* (el subrayado es mío) en retornar al elemento de que salió: lo suprahumano, lo abstracto. Dentro de nosotros, el demonio es el fermento atormentador e inquieto, que impulsa al ser casi siempre tranquilo, a todo lo que es peligro, exceso, éxtasis, renunciación y hasta *anulación de sí*" (el subrayado es mío).

Pues bien, avisado lector, de la misma manera como el sicólogo abismal que fluye en la pluma fecunda del inagotable escritor Zweig; leal y dignísimo discípulo del asombrado Freud, pues, tanto el padre de la introducción al psicoanálisis, como el enervado prosélito, atribuyeron mayor fuerza dinámica al inconsciente y al subconsciente, que al consciente; sobre las mutaciones volitivas. Quisieron reducir todo lo social; el uno en lo científico, el otro en lo artístico literario, al placer erótico; a la función que ejercitan los fascículos de lo táctil. A lo que yo, basándome en una concepción mística de la castidad, de la virtud y de la pureza, llamaría metafóricamente: lo esotérico.

También el sublime acólito, que hay en Zweig, y que entona el salmo haciéndole coro al sacerdote Freud; acepta, pero con más lenidad la poderosa influencia del inconsciente y del subconsciente sobre el consciente, reduciendo toda forma de embriaguez anímica a lo sexual.

Así, pues, de la misma manera como Stefan Zweig, llama demoníaco lo ya transcrito del prefacio que escribe para explicar su acabado ensayo sobre esos tres espíritus acres como la ceniza; salobres y ácidos como la lejía; y amargos y letales como la hiel y la muerte; pero tanto más bellos cuanto más trágicos y más atormentados; porque nada existe tan hermoso ni tan elevado como la tragedia de la belleza ni como la belleza de la tragedia, ya que todo lo genialmente trágico es por ello mismo divino.

Digno, dignísimo el novelista y los novelados. Puro, purísimo ensayista este Stefan Zweig; al hacer una exacta, acabada y artística disección psicológica a esas tres almas infinitamente tristes; infinitamente grandes; infinitamente soberbias; infinitamente heroicas por lo infinitamente solas; e infinitamente ásperas, difíciles y eternas como son los espíritus de Hölderlin, Kleist y Nietzsche.

He de confesar, aun cuando en forma fugaz, que tanto el narrador de estas vidas, como estas mismas vidas en sí consideradas; han sido cuatro de las montañas colosales que atan con férrea pasión mis pupilas hacia el Infinito, hacia el Absoluto, hacia el Inconoscible.

"La lucha con el Demonio"; el poderoso ensayo de Stefan Zweig, es la más atenta especulación, y el más reflexivo estudio que la inteligencia penetrante, taumatúrgica e intuitiva del autor, haya encontrado al sondear el incommensurable mundo del misterio, y al auscultar el ritmo huracanado, convulso y embravecido unas veces; apacible, sosegado y quieto otras, del espíritu creador, para legarlo a la Humanidad como talismán de mágica belleza, de confusión y de asombro.

Volvamos, pues, el alma y la mente, que es una consecuencia de aquella; a las notas directivas que han de servirnos de pauta y vigia atento en la metamorfosis ascendente de estas letras.

Yo denominaré: *genio* colombiano o el *genio* en Colombia, sin hacer relación a este o a aquel individuo, que en Colombia, en ninguna de las manifestaciones del espíritu ni de la inteligencia los hemos tenido como lo demostraré más adelante. Llamo: *genio* en Colombia, cierto estado de cosas; cierto acervo de conocimientos humanísticos; cierta forma de sentir, de actuar y de expresarse; cierta modalidad cultural, artística y nobilísima en el talante, en la hidalguía y en la personalidad; cierto proceso evolutivo en las reacciones anímicas y mentales; cierto enervamiento estremecido del alma: hacia lo bello, lo sublime, lo grandioso, lo heroico, lo epopéyico, lo faustico, lo apolíneo, lo elocuente, lo glorioso, lo esquiliano, lo homérico, lo aristotélico, lo gótico, lo festivo, sus eufemismos, (exceso de ternura). Todos estos aspectos que han tipificado, definido, estructurado e identificado desde siempre, a este pueblo por mil títulos extraordinarios y grande. Lírica atalaya de América y del mundo, con sus nobilísimas ciudades de clásicas leyendas, y solar común de filiales afectos, y de amistades y amores imperecederos.

Denomino *genio* en Colombia; cierto esteticismo; cierta actitud pensante; cierta modalidad cultural; enamorada y estructurada en los cánones tradicionales; cristalizados en los moldes solemnes, de lo helénico, lo latino, lo renacentista, y lo bello puro de todas las épocas. Parecería como si de oficio, y en aras del más noble derecho natural, nos hubiéramos hecho depositarios de aquellas culturas resplandecientes hasta la ceguedad. Es cierto, que entre nosotros, no puede hablarse de una cultura a la manera griega, romana, renacentista, o espa-

ñola de los siglos XVI y XVII, pero sí puede hablarse de una *modalidad* cultural, que participa de tal sustancia y de tal esencia.

Si no tenemos una cultura entendida en tal sentido, hay muchas razones que nos explican y que nos justifican. Por manera, el fenómeno es general en América, y no particular de Colombia. La primera de esas razones, y la más vital, es la de que somos pueblos relativamente nuevos. Porque los Estados Unidos serán un pueblo civilizado, pero no son un pueblo culto; ya que cultura y civilización no son términos equivalentes, sino diversos, o al menos la cultura en los Estados Unidos, no ha marchado al mismo ritmo de su civilización vertiginosa. Motivo por el cual, podemos anotarle a esta un gran superávit, y a aquella, un déficit doloroso.

En Colombia al menos que se tenga noticia, no hemos tenido en ninguna época ni en ningunas manifestaciones de la inteligencia y del espíritu creador, el tipo, y menos el arquetipo del *genio*. La nota más característica y relievante de nuestra cultura ha sido siempre la poesía, pero con todo, en ella tampoco hemos producido el tipo de *genio* que necesitamos, y que reclamamos. Entendido este concepto *genio*, en su infinita significación. Pero lo que sí hemos tenido en nuestra poesía, y carentes de honradez y de sinceridad seríamos si no lo confesáramos: ha sido genialidades. De ellos son expresión elocuentísima: Valencia, Silva, Barba Jacob, Pombo, Fallon; y todos los que vosotros lectores conocéis.

En nuestro medio, sólo hemos producido un tipo de *genio*: El *genio* político-militar; tal el Libertador Bolívar, pero él, tampoco es auténticamente nuestro; porque su vida física pertenece a la hermana república que por limitarnos se confunde con nuestro pensamiento y con nuestro cívico anhelo. Nuestros son en cambio los triunfos, la gloria y la grandeza del Libertador, y nuestros son también, sus dolores, sus infortunios, sus reveses y sus derrotas; y por ello mismo, de todos, patrimonio de la humanidad; porque el *genio* no es de nadie, ni siquiera de él mismo, ya que no se pertenece, pues, en nuestro síquico sentir, es noción eminentemente trascendental.

Con todo, los continuadores de la obra del Libertador en Colombia, en todos los momentos, han traicionado su *genio*. Es extraño que esta nacionalidad que tiene una Constitución escrita, que la deroga y la reforma cada vez que le viene en satisfacción, y que la cambia con la misma facilidad con la cual cambiamos de traje, (aquellos que afortunadamente tenemos más del necesario) no haya producido jamás el tipo de estadista que por derecho elemental nos pertenece. Al contrario, sólo hemos engendrado remedos, ensayos, esbozos de tales. Y que conste, que nuestros legisladores, transforman la ley de las leyes cada vez que al constituyente le viene en gana hacerlo a su gloriosa manera. Por el contrario, nacionalidades que no tienen una Consti-

tución escrita, una ley positiva, y que sólo se rigen por un derecho consuetudinario, por los usos, y por las costumbres, que sólo tienen un estatuto, una plataforma rectora; la Carta Magna promulgada por Juan Sin Tierra desde 1215, hayan logrado engendrar los arquetipos de estadistas que todas las naciones anhelamos tener en el seno de nuestras sociedades; tales en Inglaterra; William Pitt, Disraeli, Gladstone, y Churchill entre muchos.

Por ello desde 1215, la Carta Magna de Juan Sin Tierra continúa inviolada y repetada.

En resumen, en Colombia no hemos tenido *genios*, ni hemos tenido cultura propiamente hablando, pero sí se puede hablar de una modalidad, de una actitud, y de un entusiasmo de esta última en nuestro estadio intelectual. Cuando escribo entusiasmo, quiero decir pasión. Sinceridad. No diletantismo.

El doctor Fernando Londoño y Londoño, el más terso y delicado espíritu, la más exquisita sensibilidad, y la más elegante personalidad que haya engendrado nuestra sociedad, como que podríamos llamarlo el árbitro de la elegancia en Colombia, escribe las siguientes letras, al abocar el problema de la cultura en Caldas; fecundísima y grave parcela de la Patria: "Para sentir el mundo como hermoso misterio; para trasegarlo con devota sandalia de asombro; para gozar del número que el enigma recata; para descomponer en mil voces el formidable grito existencial, basta tan sólo vivir libremente la propia conciencia, donde empieza y acaba la aventura del hombre."

La vida al margen de la pasión, no tiene noble significado de ser. Pues, el humano peregrinaje por los eriales del mundo; debe ser constante vocación al Infinito y al Misterio. La vida fuera del *genio*, puede ser cualesquiera cosas, menos vida real y positiva, que ate a nuestras sienas con hilos dorados y adorados las guirnalda de la inmortalidad, que son los laureles del eterno reverdecer.

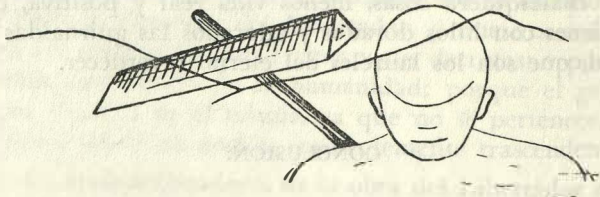
CONCLUSION:

El *genio* es el idealista por naturaleza y por necesidad metafísica, y desde los comienzos de la humana especie apresurado visionario, no ya en el Rocinante del *Caballero de la triste figura*, sino en el alado pegaso de impetuoso y prepotente vuelo; se lanzó al infinito, y soltó sus bridas como "un haz de fulgores" en dinámico afán de conquista ultraterrena. Y hoy, moderno Quijote en tierras nuevas, y en nuevas encrucijadas, continúa cabalgando sobre el dorso convulso de los tiempos y de las edades, en pos del ideal radiante y abierto, que brilla con plenitudes deslumbrantes en la inaccesible lontananza de los siglos.

El alucinado soñador que empuja al *genio* hacia las vastas estepas de la gloria; no lo empujará jamás hacia las desoladas riberas del olvido. Y seguiré creyendo en él; hasta cuando las aguas rojas de la sangre enruten la nave del corazón hacia las playas de la muerte, que es la tierra prometida de la armonía, y el seguro puerto del silencio. Y cuando comience a “fluir extrahumana, la suprema, inmortal alegría”; repetiré desde la serenidad las estrofas proféticas de José María Rivas Groot:

“Vendrá noche de siglos a todo cuanto existe;
y expirarán, en medio de hielos y amargura,
los últimos dos hombres sobre una roca triste,
las últimas dos almas sobre una playa oscura.

Y moriréis, ¡oh estrellas! en el postrero día...
mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.”



DE LA LEY NATURAL

Por AURELIO TOBON MEJIA

Alumno de la Facultad de Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Trabajo calificado como el segundo de los presentados al concurso *Camilo Torres* de la Sociedad de Estudios Jurídicos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. El concepto del jurado calificador fue el siguiente: “El trabajo presentado bajo el título *De la ley natural*, es un valioso aporte a la divulgación de la doctrina escolástica, particularmente la tomisita sobre este tema, fruto de una cuidadosa investigación, desarrollado con gran severidad y que revela una especial claridad de conceptos en el autor. Alfredo Vásquez Carrizosa, Alvaro Copete Lizarralde, Hernando Morales, José A. Villegas López, Rodrigo Llorente M.”

“IN TOTA IURISPRUDENTIA NIHIL EST QUOD MINUS
LEGALITER TRACTARI POSSIT QUAM IPSA PRINCIPIA.
NAM QUI DE CONTRACTU VEL ALIA LEGALI
QUAESTIONE SCRIBUNT SIMPLICITER AD LEGES PRO-
VOCARE POSSUNT...”

QUOTIESCUMQUE AUTEM ITA AD LEGES PROVOCA-
TUR PRAESUPPONITUR LEGEM ESSE TALE PRAECEP-
TUM CUI PROPTER RATIONEM BONI ET AUCTORITA-
TEM PRAECIPIENTIS SINE RELUCTATIONE OBOEDIEN-
DUM ESSE OMNES SCIAN.

ET HOC EST ILLUD GENERALE OMNIUM LEGUM
PROEMIUM SEU PRAESUPPOSITUM QUOD IN PRINCIPIIS
JURIS DEMONSTRANDUM.”

WINCKLER